

Orientación de la arquitectura mexicana

Víctor Jiménez*

La mayoría de los seres humanos tiende a medir el tiempo como si tuviese una amplitud similar a la de su vida: sólo la disciplina del historiador puede proporcionarnos la posibilidad de contemplarlo en una extensión mayor y aun así, esta visión queda restringida a unos pocos hombres. Para muchas personas, a pesar de tener algunas nociones de historia, la sucesión de los años previos o posteriores a su paréntesis existencial, no posee la misma consistencia de los años que quedan dentro del peculiar arco temporal de su vida (personal e intransferible; no la vida en general de todos los hombres, que es para tantos sólo una abstracción. Sólo mi vida tiene una duración comprobable).

En el terreno de la historia de la arquitectura también puede ocurrir que los hombres actuales, piensen que atraviesan por un periodo crucial en la evolución de esta disciplina, cuando lo más probable es que sólo pasemos por una de las muchas etapas de transición de mediana envergadura que puedan caracterizar un movimiento cultural. Así por ejemplo, Leonardo Benévolo, el historiador italiano de la arquitectura del Renacimiento y de la Edad Moderna, decía refiriéndose al primer periodo, que consideraba plenamente justificado hablar de Renacimiento para designar todo lo ocurrido entre los primeros años del siglo XV y la mitad del XVIII, sin detenerse a poner etiquetas intermedias como Manierismo —para el siglo XVI— o Barroco para el siglo XVII— porque era evidente, según él, que a lo largo de ese lapso los arquitectos habían mantenido una misma intención: la de buscar en la antigüedad un modelo que les permitiera recuperar la grandeza de aquella edad heroica. Sin embargo, ocurrió que al pasar de una década a otra, primero, y de un siglo al



Plaza de las tres culturas.

siguiente, después, el modelo (la antigüedad) se percibía de manera cambiante, no se trataba de la misma antigüedad para Brunelleschi en el siglo XV, que para Giulio Romano en el XVI, o para Francesco Borromini en el XVII, o incluso Luigi Vanvitelli en el XVIII. Aunque todos perseguían el mismo objetivo: emular, mediante la excelencia de las propias creaciones, las obras insignes de la antigüedad.

No sería inadecuado decir que Benévolo, hizo una lectura del Renacimiento como fenómeno de

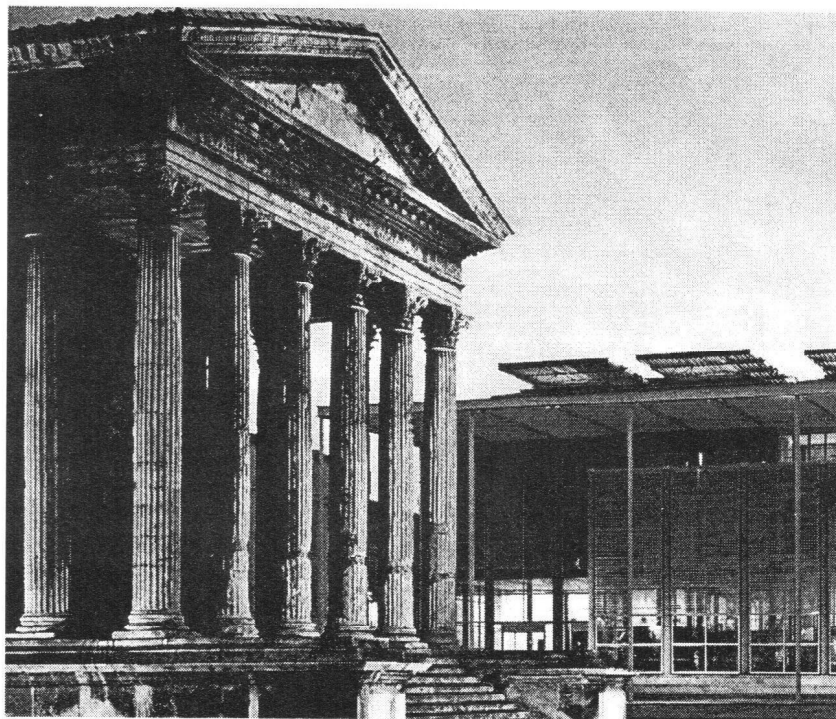
*Arquitecto, Profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

"larga duración", para emplear la expresión de la historiografía de la revista *Annales*, y si él piensa que tres siglos y medio bien pueden constituir una unidad, ¿no resulta apresurado hablar del fin de la modernidad en arquitectura, como se hablaba ya en los sesenta, cuando la arquitectura moderna alcanzaba apenas su primer medio siglo de existencia? Por ello, quiero pensar que los objetivos de la arquitectura de hoy bien pueden ser los que se proponía la arquitectura por primera vez en la tercera o cuarta década del siglo XX, aunque no por ello las respuestas de entonces y las de ahora tendrían que ser las mismas: como no lo fueron las de Brunelleschi, Giulio Romano, Borromini o Vanvitelli ante el desafío de emular la arquitectura de los antiguos.

Pienso que la más superficial reflexión sobre los cambios ocurridos en la tecnología de la construcción entre la década de 1920 y la de 1990, nos permite imaginar que, un Juan O'Gorman, que estuviese a punto de hacer su primera obra hoy, y no en 1929, animado del mismo espíritu, construyera en nuestros días una obra profundamente vanguardista. Esto es lo que permite entender el entusiasmo de uno de los arquitectos de mayor prestigio de hoy: el japonés Toyo Ito, frente a la obra de Juan O'Gorman. Ito me decía en un fax, el pasado mes de agosto, que la obra de O'Gorman influye cada vez más en su postura ante la arquitectura contemporánea.

Independientemente de las modas, cuyos cambios pueden parecer más impresionantes de lo que en realidad son, es la reflexión sobre los problemas que debe resolver la arquitectura lo que puede garantizar a los arquitectos una permanente capacidad de renovación, aunque mantengan durante periodos muy largos una misma orientación. Hoy debemos pensar en una relación entre las arquitecturas y el medio natural que no era común en la década de 1930, por ejemplo, aquí está un reto cuya respuesta hará nuestra arquitectura distinta a la de entonces. Igualmente los imperativos de ahorro de energía no eran percibidos con tanta urgencia hace 30 años, y la arquitectura de hoy, según Norman Foster, no puede imaginar un problema más importante que éste.

La reciente experiencia del posmodernismo sirvió para demostrar que la superación de la eterna repetición de las formas históricas —uno de los objetivos capitales de la arquitectura contemporánea—, era un paso que no admitía marcha atrás. Podemos dirigir nuestra mirada al pasado, como arquitectos de hoy y aprender de él, siempre y cuando lo hagamos dentro de la tradición de la arquitectura contemporánea. Nuestra peculiar historia como arquitectos de fines del siglo XX, se inicia en los años veinte de este mismo siglo, y rebasar este límite hacia atrás implica cometer el mismo error que Antonio da Sangallo, el joven con su proyecto de conclusión de la Ba-



Carré d'Art en Nîmes, Francia.

El diseño toma en cuenta la existencia del templo y el tejido tradicional de la ciudad.

sílica de San Pedro, tan cercano, de manera imponderable, a la sensibilidad medieval; ante la meticulosa y carísima maqueta de madera, de este proyecto, Miguel Ángel sólo recomendó utilizarla como pienso para los bueyes.

Es posible que en los inicios del siglo XXI atestigüemos el paso de un momento de cultura arquitectónica moderna, al siguiente, como otros que se han dado. Pero será sin duda sólo otra respuesta diferente a las mismas interrogantes que los arquitectos de la generación de Juan O'Gorman se hacían por vez primera en la historia. Es dudoso que un cambio tan radical como el que efectivamente se dio en la década de 1920, vuelva a ocurrir en el lapso de dos, tres o incluso diez generaciones.

No estamos acostumbrados a percibir la "larga duración" en la historia, porque nuestra vara de medir —nuestra propia vida— es por desgracia demasiado corta. Somos por ello, miopes ante la larga carrera de los años que se alejan de nosotros hacia el pasado o hacia esa hipótesis de historia que es el futuro, pero esta miopía puede superarse si no nos dejamos confundir por las oscilaciones que la moda ejecuta frente a nuestras narices. Preguntémonos cuál es el problema que debemos ver. Nuestra mirada entonces podrá extenderse a lo lejos.